

Mensaje diario para el miércoles, 24 de julio de 2013

Transmitido por Cristo Jesús al vidente fray Elías

La parábola del buen discípulo y el buen maestro.

Había una vez, en una tierra distante, un maestro que enseñaba sus labores a un discípulo, el que hacía poco había sido enviado para aprender sobre el camino espiritual.

En esa historia, el maestro se estaba iniciando en su primer retiro interior y debía deshacerse de sus expectativas y de sus propios poderes para entregarse al infinito eterno. En los planes del retiro del maestro, no estaba prevista la llegada de ese último discípulo que fue enviado más tarde de lo esperado. El maestro ya había instruido a otros discípulos antes de iniciar su retiro ermitaño, aunque para el maestro el aprendizaje era darse a todos por sobre todas las cosas.

El discípulo no era muy diestro en los quehaceres que el maestro le encomendaba. El discípulo aprendiz, que a pesar de que era muy dedicado ya que seguía humildemente palabra por palabra lo que su maestro le dictaba, un día se vio perdido, como sin brújula; esto ocurrió por falta de atención, al intentar comprender las razones de cada propósito que el maestro le indicaba.

El maestro raras veces se sentía incómodo, porque la tarea de su consciencia era amar y ver a cada discípulo tal como era, más allá de sus errores. Pero ese día, el universo del Padre confirmaría si el maestro podría alcanzar la mayor expresión del amor, ante la gran diferencia existente entre lo pedido por el maestro y lo que hizo el discípulo. El resultado de esto podría haber cambiado el destino de los dos.

En ese día el discípulo debía confirmar su confianza en aquel que lo guiaba, más allá de las diferencias.



¿Cuál es la enseñanza de toda esta experiencia?

Que el maestro si no tiene discípulos nunca podría ver con sabiduría todo aquello que aún debe desterrar y que, por amor, siempre deberá tener la misión como su propósito. Y el discípulo, en su camino, siempre deberá contar con la compañía del maestro, para que él le indique los pasos que deberá dar desde la consciencia, evitando así la pérdida de su misión al elegir otros caminos.

Esta es la lección del amor; si entre el maestro y el discípulo no reina el amor, no podrá haber unidad y si falta la unidad quedaría sin resultado la misión de los dos. Este es el gran paso para los que guían y para los que aprenden; si no estuvieran los dos, el propósito que ya está escrito no se podría cumplir.

La actitud del maestro y la del discípulo deberá ser de humildad, de devoción y de amor para que la luz esté presente en ambos caminos. Todo deberá surgir desde el verdadero amor, para que los propios males sean desterrados y en toda situación triunfe la fe en Dios.

Bajo el Amor del Padre, sean bienaventurados.

¡Gracias por meditar Mis palabras con el corazón!

Cristo Jesús.